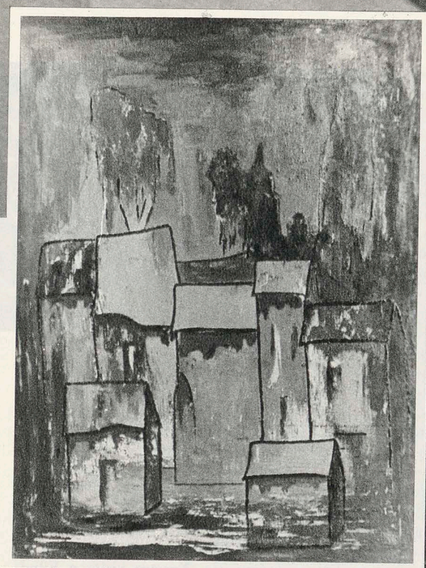
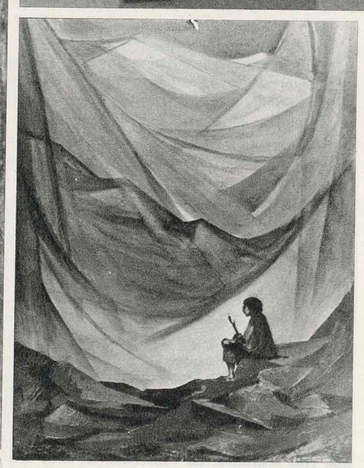
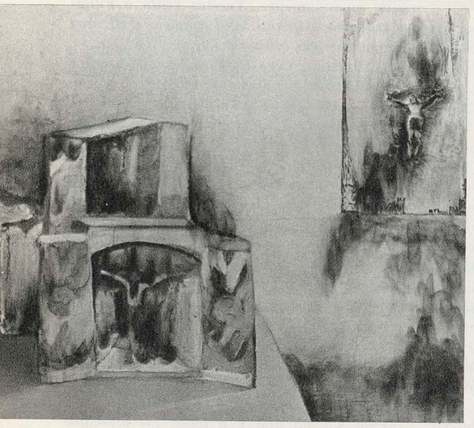
LA PINTURA CONTEMPORANEA DE BOLIVIA Y EL REALISMO MAGICO

Por Cecilio BARBERAN







Arriba, en el centro de la página, vista general de la exposición; en esta página, arriba a la izquierda, «Casas» de Jaime Irmad; A la derecha, de Jorge Imana Garrón «El hombre y la montaña»; y debajo, «Cristo», de María Teresa Berrios, óleo sobre madera.

Si el arte fue siempre una de las obras más altas de la cultura de los pueblos este valor se manifiesta hoy en la Exposición de Pintura Contemporánea de Bolivia que se celebra en la sala de la Reina del Museo de América.

Esta muestra, patrocinada por el Instituto de Cultura Hispánica y la embajada de Bolivia en Madrid, tiene un valor singular por cuanto la misma representa de obras de un solo pueblo hispanoamericano y ella nos justifica también la alta calificación que mereció el arte del mismo cuando en 1963 se nos dio a conocer en la Exposición de Arte de América y España que se celebró en Madrid en el Instituto de Cultura Hispánica.

Pero la obra de los pintores bolivianos que figuró en ella bien pudiéramos decir que fue una minoría de esta otra que hoy se expone y que es sin duda la de una misión cultural que abarca en este género del arte una variedad de tendencias del nuevo que poseen todos los pueblos y que dejaron sentir su influencia en el mismo.

¿Cuál es el valor principal de esta obra como autóctona? Para conocerlo nada mejor que dejarse llevar de la mano de Teresa Gisbert de Mesa, directora del Museo Nacional de Arte de La Paz. Esta es la que al enjuiciarla en su conjunto nos dice que «la forzada e injusta mediterraneidad, el paisaje agreste, la cercana presencia de ruinas precolombinas, la vida diaria compartida con el indio, son motivaciones que van conformando el carácter del boliviano en el arte de ayer y de hoy».

¿En qué grado participó el pintor de esta proyección? Diríamos que integrándose en las concepciones que actualmente tiene su arte en el mundo de lo cual obtiene la justa compensación de sus afanes. Este nunca olvidó que la pintura de su pueblo demandó un arte figurativo dentro de la línea del hispanoamericanismo. Pero, ¿cómo se había de actualizar éste? De la forma con que nos lo muestran en esta exposición en la que figuran obras de veintiséis pintores de dicho pueblo.

Siguiendo el orden alfabético de los apellidos de los pintores cuyas obras figuran entre las ochenta y una de la exposición nada como esto nos facilita mejor el estudiar la variedad que dentro de cada concepción de la pintura moderna en sus obras concurren.

Conocimiento que comienza a manifestarse en las cuatro obras de Ovando Agnes el que muestra en ellas cuanto el nuevo arte de la hora actual aportó a la pintura boliviana para conseguirlo. Pocas veces lo abstracto y lo deshumanizado de las formas como en las que dicho pintor titula «El Destino» pudieron dar con dichos módulos expresión más real de los sentimientos humanos.

La abstracción de la citada obra se hace mayor en los cuadros que pinta María Teresa Barrios, pintora que nació en La Paz y se formó en la Real Academia de San Fernando de Madrid y de cuyas enseñanzas clásicas se evadió para entrar en el mundo de las creaciones abstractas con obras tan notables como «Paredes y campos» que entre otros tres cuadros más en la exposición figura.

Al mundo creacional de las nuevas formas aporta composiciones muy personales Alfredo Da Silva, nacido en Potosí, al que las enseñanzas que adquirió en la Fundación Guggenheim y en el Prats Instituto, de Nueva York, le valen para crear óleos tan drásticos como «El planeta dorado».

Y ahora es Antezana Gildaro en su cuadro «Vieja cesta» y Gil Imana Garrón en su «Desesperanza» y Jorge Imana en «El hombre y la montaña» los que nos dan unos felices logros en sus composiciones deshumanizadas de ese arte de hoy que no tiene fronteras.

En el mismo módulo se puede incluir la «Naturaleza muerta», de Jaime Irmad y «Los Amantes», de Humberto James-Zuna, pinturas que van a más en la «Reflexión cromática», César Jordán en la que una serie de estrías rectas nos muestran la original concepción que tiene dicho artista para representar un estado de ánimo.

En pintura mural del arte boliviano se exponen cuatro obras de gran tamaño del pintor Tito Kuramotto, composiciones en donde no obstante la estilización con que están plasmadas las formas éstas mantienen sus volúmenes. Así nos impresionan las tituladas «Las gradas», «El disco rojo», «Escalera rodante» y «Corredor», las que tienen como finalidad dar una visión artística al mundo de las multitudes.

Antonio Mariaca hace una singular aportación al realismo mágico que estudia Franz Roh en sus cuadros «Siesta» y «Naturaleza muerta», obras de las que se evade de lo que Metzinger creara y en las que él introduce aportaciones muy originales en dicho género de la pintura.

Luego, de como las composiciones abstractas que fueron tantas veces los dibujos y colorido de los tejidos pueden llevar a una nueva creación artística se nos muestra en los óleos de Gustavo Medeiros titulados «Pictografía», innovación que es seguida también en su obra «Kanutana» por Alberto Medina.

El realismo mágico que parece inspirar estas obras se hace más notorio en las composiciones con figuras de los pintores bolivianos. Como tales nos impresionan los cuadros de Beatriz Mendieta titulados «Montañas» y «Formación rocosa», y esta formativa va a más en «Madre e Infinito», de Fernando Montes y en «Centauros y niña», de José Ostria, composiciones éstas que demandan el muro para ser contempladas.

De este concierto de masas, figuras y color se evade «El presupuesto vital», de Oscar Pantoja, pintor que elimina de sus composiciones el color y las formas y cuya innovación fue premiada con una beca de la Unesco.

Al realismo mágico pertenece también el «Viaje», de Ricardo Pérez Alcalá, composición que está vista con los ojos de la más rica fantasía, módulo que es seguido por Graciela Rodó Boulán en su cuadro «La novia» y por Gonzalo Rodríguez en su «Composición número uno».

Otro interesante capítulo del arte abstracto lo componen los «Fragmentos», de Gonzalo Ribero, pintor que parece inspirado para lograrlos por una directa impresión terráquea; la misma factura tiene el «Camino de la montaña», de Carlos Rimasa y ésta adquiere superación en la «Tortura», de Vladimir Rojas, en el «Ritmo y color», de Octavio Vargazas y en el «Retrato de la luna y la flor», de Ernesto Zarzuela, pintor que está representado en el Museo de la Universidad de Texas y en la Embajada de Bolivia, en Moscú.

Esta exposición de Pintura Contemporánea de Bolivia que hoy se expone en el salón de la Reina del Museo de América ¿qué nos viene a decir? Nos muestra una secuencia del largo proceso creador que siguió la pintura boliviana, aquella pintura que durante tanto tiempo estuvo aletargada en un quehacer semiacadémico y que caracterizó tantas veces su razón de ser en lo étnicamente popular.

Hoy aquellas circunstancias se evadieron por completo en virtud de las corrientes comunitarias que tiene establecidas el arte en todos los pueblos. Y ésta es la razón de ser, sin duda, de cuanto realismo mágico y de postimpresionismo tiene hoy la pintura contemporánea de Bolivia.